

No disponemos de otros medios para averiguar si los astros están habitados, mientras no se invente un medio de locomoción que nos lleve á tan lejanos parajes.

El globo ó el aereoplano no son aprovechables, sabido que en los espacios interplanetarios reina el vacío absoluto.

El sistema más práctico sería encerrarse en una bala vagón y hacer que la lanzaran hacia la Luna, hacia Marte ó hacia Neptuno.

Semejante sistema tendría sólo el pequeño inconveniente de que los organizadores de esos trenes de placer no expenderían billetes de ida y vuelta. Pero este es un detalle insignificante; ¡se trata de volver!... Lo esencial es partir; respecto de lo demás... lo pensaremos más tarde..

Desgraciadamente, los autores de ese sistema no han podido ó no han querido ensayarlo ellos mismos; ¡si vosotros supiérais la causa!; ¡se hallan tan ocupados aquí abajo!... Se los disputan las Academias, los Congresos, las redacciones de los periódicos ó de las revistas científicas; les es imposible personarse en todas partes.

En consecuencia, han buscado hombres de buena voluntad que dispusieran de tiempo libre para emprender semejante viaje.

A fin de que no les detuviera la cuestión pecuniaria, les ofrecían pagarles todos los gastos.

Prometiéronles, además, colocarles en lugar preferente en la galería de hombres célebres, de esos cuyo nombre, rodeado de gloria, repercutirá hasta en la más alejada posteridad.

Se les daría el nombre de «Cristóbal Colón del Océano celeste, Américo Vespucio del mar etéreo»...

¡Qué promesas tan mágicas!... ¡Qué porvenir tan seductor!...

Y bien... ¿Creeréis lo que vamos á deciros?... ¡Ah!, ¡qué vergüenza! ¡En nuestra pobre humanidad no hay, como en otro tiempo hubo, almas grandes, dispuestas á intentar grandes empresas!

¡Nadie ha sido capaz de responder al llamamiento de los organizadores del viaje!...

¡Cosa desoladora, tanto para la Ciencia como para el honor de nuestra raza!

¿Qué pensarán de nosotros los habitantes de los mundos solares cuando sepan nuestra cobardía?

Por causa de nuestra falta de valor, nos es, pues, preciso esperar (¡y quién sabe cuánto tiempo!) la prueba científica de la existencia de nuestros vecinos.

¿Cuándo poseeremos la prueba perentoria, irrefutable, invencible, prometida desde hace tanto tiempo, y desde no hace menos tiempo deseada?...

### CAPITULO III

#### ¿En qué consiste el conflicto?

##### I

#### ¿ORDENA LA RELIGIÓN CATÓLICA LA TESIS DE LA PLURALIDAD DE LOS MUNDOS HABITADOS?

Frecuentemente, las discusiones filosóficas provienen de la mala inteligencia ó de las equivocaciones. No es raro ver discutir á un conjunto de personas que, en el fondo, poseen ideas iguales.

¿Acaso se nos dió la palabra para disfrazar mejor nuestros pensamientos? Algunos lo pretenden, pero caen en el error, salvo cuando hablan de los diplomáticos.

El espiritual Joubert ha dicho: Cuanto más se parece la palabra al pensamiento, y el pensamiento al alma, y el alma á Dios, tanto más hermoso es todo ello.

Siendo Dios la verdad soberana, tenía razón Joubert al hablar así. En efecto; sólo es amable lo verdadero, porque sólo lo verdadero es bello, hermoso. ¿No es lo bello el esplendor de lo verdadero, según Platón?

Si en una controversia los adversarios no disfrazasen involuntariamente sus pensamientos, si llegaran á comprenderse desde luego, si lograsen saber bien lo que el uno y el otro quieren decir, se ahorrarían la mitad del trabajo sin alejarse de la conclusión.

A propósito de la pluralidad de mundos, existe una de esas lamentables equivocaciones, y nos importa desvanecerla.

En obras de vulgarización científica hemos leído que «jamás querrán los católicos admitir la existencia de habitantes en los cuerpos celestes, porque esta tesis está condenada por su religión».

Rogamos encarecidamente á los autores de tales libros que nos digan dónde y cuándo ha condenado la Religión católica la tesis de la pluralidad de mundos habitados.

¿Acaso la condena por el canon de algún Concilio?  
¿Será por alguna definición del Soberano Pontífice?  
¿Es por la decisión de una Congregación romana autorizada para ello?

Aunque somos teólogos, aseguramos no haber visto en parte alguna un decreto de semejante género.

Creemos, sin embargo, sin falsa humildad, conocer la colección de leyes y decretos emanados de la autoridad suprema de la iglesia, mejor que los novelistas de la Astronomía.

Desde hace largos años estudiamos esas leyes; ¿acaso ellos han leído siquiera el texto?

¿Fué formulado el anatema por los antiguos Padres, ó se halla en la Santa Escritura?

En otro lugar hemos citado un gran número de Padres de la Iglesia, ó de antiguos teólogos, que, habiendo estudiado la cuestión de la habitabilidad de los astros, ó de la pluralidad de mundos habitados, no han creído hallarla en contradicción con la Fe cristiana.

En cuanto á la Sagrada Escritura, si no nos habla claramente de la pluralidad de mundos, tampoco dice nada en contra de la tesis.

Por consiguiente, no se opone á ella. Hay, por el contrario, en los libros inspirados, ciertos textos que, sin ser prueba en favor de la doctrina, se acomodarían muy bien á ella...

En efecto; Nuestro Señor nos enseña que hay otras ovejas. Un día debe El conducir las al redil, á fin de que no haya más que un solo aprisco, así como sólo hay un Pastor.

Según la antigua Exégesis, esas palabras se aplicaban á la conversión de los gentiles, que debían reunirse en la Iglesia de Dios con los judíos convertidos; pero teólogos modernos las entienden aplicables también á las poblaciones astrales, de las que Cristo es también Rey.

Como el Salvador no vino á la tierra para aclarar una cuestión de Astronomía, pudo bien aludir á esa verdad, aunque en términos encubiertos.

En una parábola, justamente célebre, quiso el Verbo encarnado compararse al buen Pastor, que, para salvar una oveja perdida deja noventa y nueve en la montaña, corre tras la oveja descarriada, y cuando al fin la ha encontrado, la coloca sobre las espaldas para llevarla al rebaño, ahorrándole las fatigas de la vuelta.

Muy consoladora es la conclusión que de tan con-

movedera parábola se deduce. Habrá más júbilo en el cielo—dice el Redentor de los hombres—por la conversión de un solo pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos que no necesitan de la penitencia.

Los antiguos exégetas creían que las noventa y nueve ovejas dejadas en la montaña para la salvación de una sola, eran la innumerable multitud de ángeles que no necesitan de la Redención porque perseveran en el primer estado de gracia.

El Hijo de Dios los deja en las eternas cimas, y desciende á este valle de lágrimas, para buscar en él y encontrar á la humanidad extraviada en los caminos del pecado. La coloca luego sobre sus espaldas, mediante la Encarnación, y la conduce al cielo, gracias á su hermoso sacrificio y á su Ascensión gloriosa.

¡Magnífica es la explicación! Dejándola subsistir por completo, ¿no sería posible con la apologética moderna abarcar también á todas las humanidades siderales entre esas noventa y nueve ovejas que evidentemente indican la totalidad de las criaturas inteligentes.

Tal vez el Verbo divino no se encarnó para las humanidades siderales, porque en ellas no hay seres caídos en el pecado. Cristo no residió en las afortunadas mansiones siderales, y quiso, por el contrario, encarnar en esta nuestra pobre tierra, golpeada, desde su origen, por los rayos de la maldición.

Quizá se nos pregunte por qué Cristo bajó á nuestro pequeño mundo, globo imperceptible, perdido en la inmensidad.

Nuestro planeta es un simple punto en el Universo; por su pequeñez es probablemente invisible á todos menos á Dios.

Pero nada se escapa á la mirada vigilante del Crea-

dor de los mundos. Su corazón se conmovió al pensar en el infortunio del Hijo Pródigo.

Y sin esperar á que el Hijo Pródigo volviese, se fué en busca de él para asegurarle el perdón, abrazarlo tan tiernamente como pudiera hacerlo el mejor de los padres y purificarlo por el abrazo afectuoso. ¿Podría tras ese divino contacto permanecer mancillado el pecador?

¿No es también hermosa esta explicación? Se la debe rechazar porque no la conocieron los antiguos exégetas?

¿Acaso no penetrará nunca en la sublime profundidad de todos los diversos conceptos que las páginas inspiradas encierran? Las ciencias profanas, abriéndonos un nuevo horizonte, nos ayudan á descubrir mejor los distintos sentidos que tales páginas tienen.

¿De qué manera la doctrina de la pluralidad de mundos alumbraría con luz vivísima las palabras del Salvador si fuese una doctrina demostrada? ¡Cuán clarísimo veríamos su amor incomparable!

La conclusión formulada por el mismo divino Maestro parece demostrar, por adelantado, la vaciedad de la objeción propuesta por los modernos incrédulos, cuando pretenden que Dios no pudo encarnarse en la Tierra, porque la Tierra es demasiado pequeña, mientras hasta en nuestro sistema planetario existen globos mil veces más luminosos.

¿No dijo Cristo que habrá más júbilo en el cielo por la conversión de un solo pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos que no necesitan de la penitencia?

Así el cielo y toda la creación física pueden regocijarse más por la regeneración y la salvación de nuestra débil humanidad que por la perseverancia de la multitud de razas inteligentes que viven en la super-

ficie de las esferas celestes, y que quizá no han necesitado redención.

El Hijo de Dios vino, pues, á la tierra para infundir sangre nueva en las venas de la infortunada descendencia de Adán.

¿Tuvo Cristo motivo análogo para descender á los otros mundos?

¿Quién se encuentra en condiciones de responder á semejante pregunta?

Acerca de este asunto, la ciencia humana permanecerá muda siempre.

Nada tiene que enseñarnos, porque nada sabe.

Tampoco la revelación es muy explícita, porque para nuestra propia salvación nos importa poco saber esas cosas. Dios, pues, se ha reservado el secreto.

Sin embargo, no es imposible adivinar en ciertos textos una especie de alusión á la misteriosa doctrina.

San Pablo, con lenguaje sublime, nos enseña que Dios Padre, no sólo quiso restaurar por Jesucristo todo lo que está en la tierra sino también todo lo que está en los cielos.

¿Qué quiere decir San Pablo con sus misteriosas palabras?

¿Habría, por lo tanto, en el cielo, seres necesitados de la Redención. Si los hubo no eran los ángeles, porque los ángeles no han caído en el pecado; tampoco eran los cuerpos celestes inanimados—astros, soles ó planetas—porque, al parecer, no han sufrido en su constitución las consecuencias del pecado de Adán.

¿Quiso San Pablo darnos á entrever que los beneficios de la Redención que en la Tierra tuvo lugar se extienden mucho más allá de los estrechos límites de nuestro pequeño mundo?

La misma Santa Iglesia, con su liturgia, parece favorecer esa interpretación.

En uno de sus sagrados himnos, celebrando las inefables misericordias del Dios Redentor, pone en nuestros labios palabras que permiten suponer que la sangre divina no regeneró sólo la Tierra, los continentes y las islas, sino también los astros y el Universo entero, sobre el cual se extendió á modo de río de gracias:

Spina, clavi, lancea

Mite corpus perforarunt;

Unda manat et cruor:

«Terra, pontus, astra, mundus»

Quo lavantur flumine!

¡Terra, pontus, astra, mundus...! No vemos, pues, aquí tampoco la oposición entre la Fe y la Ciencia. Sin embargo, no pretendemos que dichos textos sagrados—y otros muchos que pudiéramos citar—prueben la tesis de la pluralidad de los mundos; pero cons te que le son más favorables que contrarios.

Si la verdad de la cacareada tesis fuese alguna vez científicamente demostrada, no se alterarían en nada nuestras creencias. Nuestra Religión no sufrirá daño alguno; se llegaría muy pronto á un acuerdo, ya que, por adelantado, vemos que el acuerdo existe.

La Fe católica no pondrá jamás ni la menor dificultad á admitir que nuestra pequeña Tierra es una de las numerosas moradas creadas por Dios para las criaturas racionales que llamó á la vida.

Desde hace mucho tiempo, la Teología y la Filosofía cristiana enseñan que Dios pudo crear mundos incomparablemente más grandes, más bellos, más magníficos que el que habitamos.

Cuando la Ciencia haya demostrado que no sólo son posibles esos mundos, sino que realmente existen, no se afirmará una proposición que sorprenda á los filósofos ó á los teólogos; por el contrario, la encontrarán muy de acuerdo con sus propias creencias y sentimientos.

II

¿SE OPONE AL DOGMA DE LA ENCARNACIÓN LA TESIS  
DE LA PLURALIDAD DE MUNDOS?

La Fe católica no se opone á la tesis de la pluralidad de mundos habitados, pero suponiendo cierta la tesis jamás probará cosa alguna contra el dogma de la Encarnación.

En efecto: nuestros dogmas no constituyen una doctrina humana.

No varían con el progreso de nuestros conocimientos de orden natural.

No hemos recibido nuestros dogmas de los astrónomos de los tiempos pasados ni de los antiguos observatorios; los hemos recibido de la Iglesia, de los profetas, de los evangelistas y de los escritores inspirados.

El mismo Dios nos los enseñó valiéndose de la Revelación, que podemos probar fácilmente, y de modo tan irrefutable, que desenvolveríamos aquí las pruebas si no temiésemos salirnos del objeto de nuestro tema; pero remitimos á los lectores que deseen las dichas demostraciones á otros folletos que forman parte de esta colección.

Nos basta decir que las verdades astronómicas y los dogmas religiosos nos son conocidos por dos caminos diferentes. No se puede, de modo formal, hacer á nuestros dogmas solidarios de los errores de la antigua Física ó de la vieja Astronomía. Los dogmas no se apoyaban en el sistema geocéntrico de Ptolomeo, y no cambiaron cuando el martillo de la Ciencia moderna rompió los cielos de cristal.

De otra parte, ¿no fueron—no diremos cristianos

solo—no fueron cristianos, sacerdotes, canónigos, cardenales, los renovadores del sistema heliocéntrico y los primeros partidarios—en los tiempos modernos—de la pluralidad de mundos?

¿No era Copérnico canónigo? ¿No enseñó él mismo en Roma las Matemáticas? ¿No gozaba de la confianza universal de los obispos y del clero? ¿No dedicó al Soberano Pontífice, Pablo III, su inmortal obra «De las revoluciones de los globos celestes»?

¿No recompensó el Papa Clemente VII á Juan Alberto Widmanstadt por haber sostenido ante la Corte romana, diez años antes que Copérnico, la tesis del movimiento de la Tierra y de su revolución alrededor del Sol? ¿Le hubiera recompensado si la tesis hubiera sido contraria á los dogmas de la Fe?

A mediados del siglo xv, Nicolás de Cusa, arcediano de Lieja, había profesado la misma doctrina, esforzándose en propagarla simultáneamente con la de la pluralidad de mundos.

¿Fué por ese motivo condenada como herética? Lejos de ello, Nicolás de Cusa fué colmado de honores, revestido con la púrpura, elevado á la dignidad de cardenal y encargado por los Papas Eugenio IV, Nicolás V y Pío II para desempeñar muchísimas importantes misiones.

Cuando ni los sacerdotes, ni los canónigos, ni los obispos, ni los cardenales, ni los mismos Papas han visto oposición entre el dogma de la Encarnación y las tesis del movimiento de la Tierra alrededor del Sol, y la de la pluralidad de mundos, ¿quién podrá hallarla?

Seguramente no serán los simples fieles, unidos siempre en creencias con sus pastores. ¿Encontrarán la contradicción los incrédulos? ¿Qué saben de nuestra Religión ellos que jamás pusieron el pie dentro de una Iglesia?

¿Conocerán acaso nuestra Fe mejor que los pastores encargados de exponerla? ¿Acaso han leído el contenido de nuestra Religión en otro sitio que no sea en las obras que la desfiguran, en las revistas malsanas, en los artículos de los diarios de callejuela, que ignoran la verdad, ó con demasiada frecuencia le son hostiles, la odian y la desfiguran?

Pero... ya oigo á un lector que me dice: «¡Usted olvida el proceso de Galileo!...»

—Perdón; no lo olvido.

«El Santo Oficio y la Congregación del Índice», ¿no condenaron al gran hombre por haber enseñado el movimiento de la Tierra, combatiendo la creencia, entonces general, de su inmovilidad?

—No; Galileo no fué condenado por tal motivo. Si sólo hubiese enseñado eso, la Iglesia le dejara tan en paz como á Copérnico, como á Kepler, como á Juan Alberto Widmanstadt, como á Nicolás de Cusa y como á tantos otros que le precedieron ó que le han seguido.

Su equivocación fué querer obligar á la Iglesia á aprobar, con la autoridad de la Santa Escritura, una doctrina astronómica, en hora cuando las observaciones astronómicas no habían demostrado suficientemente la exactitud de la tesis de Galileo.

Si éste se hubiese conformado con permanecer dentro del terreno puramente científico no se le hubiera inquietado, y no hubiese tenido lugar el proceso que sirve de base á las críticas de los incrédulos poco sinceros.

No olvidemos que lo que á la hora presente nos parece una verdad claramente conocida, era en la época de Galileo una hipótesis que aún necesitaba ser sólidamente demostrada.

—Galileo, escaso de argumentos científicos, y mal inspirado, cometió la falta de erigirse—sin estar au-

torizado para ello—en comentador dogmático de la Santa Escritura. Quiso apoyarse en el sagrado texto. Audacia que desde luego aterró á los teólogos y á los jueces de la Fe, guardianes severos de la ortodoxia. Por eso condenaron el hecho de que un hombre extraño á los estudios escriturales se convirtiera en reformador de la Exégesis.

Además, la condena fué solamente temporal. Algunos años más tarde quedó levantada; prueba irrefutable de que no se dirigía contra el fondo de la tesis, sino contra la manera de exponerla.

Si se hubiera condenado el fondo de la tesis jamás habría sido levantado el anatema, porque la Iglesia no ha vuelto, ni volverá jamás sobre sus decisiones dogmáticas.

He ahí, ya que nos sale al paso, una prueba de la divinidad de la Iglesia, dado que en diecinueve siglos nadie ha podido demostrar que la Iglesia haya formulado ni una proposición opuesta á la verdad.

Ningún cuerpo de sabios, ninguna Academia, en ninguna nación de la Tierra, puede reivindicar un privilegio parecido. ¿No es esto prueba evidente de que en la Iglesia habita ó mora el Espíritu de Dios.

Hagamos notar, en fin, que la sentencia pronunciada contra Galileo no fué un decreto dogmático de la Iglesia sino solamente una medida disciplinaria tomada por un Tribunal romano. Lo cual es absolutamente diferente (1).

En resumen: la Teología no dice nada contra la tesis de la pluralidad de mundos; la Astronomía no dice cosa alguna, y nada tiene que decir contra el Dogma de la Encarnación.

¿Dónde, pues, está la lucha entre una y otra?

(1) Para más amplios detalles sobre el proceso de Galileo, véase nuestra obra *Astronomie et Théologie*. Introducción. Páginas 44, 45 y siguientes.